Nostalgia mora

Marisa Barco

Capítulo 1

Nostalgia mora

Impulsado por la floreciente industria metalúrgica que, por los años setenta, ofrecía las mejores condiciones de progreso a quienes contaran con el hambre suficiente, mi padre había decidido nuestro destino como familia y el futuro personal de sus tres hijos, no despojado, claro está, de la natural ambigüedad que le producían el desarraigo y la esperanza de una prometedora vida mejor. Ahora que pasaron los años necesarios desde aquella aventura familiar y tras superar a fuerza de terapia las irreverentes depresiones que me ocasionaban las escenas otoñales, puedo revivir con placer, una y otra vez, las largas caminatas junto a mi madre.

En abril del mismo año en el que los Rivera nos habíamos convertido en tandilenses, después de un breve viaje en colectivo antojadizamente interminable desde la perspectiva de mi edad, nos bajamos en la plaza que nos recibía amigable ofreciéndonos, como una alfombra de reinas, un espeso colchón teñido de un marrón amarillento. La estación de las hojas secas se hacía evidente por donde miráramos y asidas las dos de la mano, bajo un sol que aportaba la tibieza justa, emprendíamos nuestra andanza cuesta arriba. Por una larga vereda de lajas, dispuestas en forma desordenada, subíamos a pasos cortos para no cansarnos demasiado; el trayecto de unos trescientos metros desde el pie del cerro hasta la imponente portada, se presentaba agotadoramente empinado y el resto, hasta alcanzar el famoso castillo, aún más. Haciendo breves paradas, disimulando contemplar el paisaje, ella me otorgaba con amorosa paciencia el tiempo que yo necesitaba para no retrasarme demasiado.

Recuerdo esa travesía y sus muchas repeticiones con vívida temporalidad, aunque hoy se me confunden sensaciones de esos años con impresiones obtenidas a través de mis lecturas de investigadora aficionada. Cierro los ojos y puedo recrear la portada de estilo renacentista que nos da la bienvenida y desde donde comienza el trayecto hacia la cumbre. Sigo caminando imaginariamente y me veo, escoltada por altos eucaliptus, fresnos, pinos añosos y un manto espeso de espinosas zarza moras, ascendiendo por el sendero asfaltado que sube en espiral por la falda del cerro; un encadenado que se engarza por medio de margaritones de hierro fundido a pilares de granito, me protege del

precipicio no muy profundo, desplegado por el costado izquierdo.

A lo largo de todo el recorrido me envuelve una mezcla de aromas de menta y retama, y puedo contemplar un sinfín de paisajes al cambiar la dirección de mi mirada. Llego a la cima y el camino se abre en una gran playa de estacionamiento, desde donde me es posible obtener una panorámica única de la ciudad. Una vez ahí, a unos cien metros de altura sobre la zona urbana y henchida de satisfacción, aparece ante mí, fuera de lugar, de tiempo, de escena, el enigmático Castillo Morisco, testigo silencioso de la añoranza de los residentes españoles de principios de siglo pasado, y símbolo del desgarro que provoca en el alma dejar atrás la tierra natal. Un halo nostalgioso envuelve a la construcción y me traslada a esos años en que la ciudad, aún dolida por la inesperada pérdida de su máximo símbolo - la Piedra Movediza, en 1912-, se disponía a celebrar, el 4 de abril de 1923, su primer centenario a toda gala. Me veo en medio de los preparativos, entre rimbombantes anuncios que atraen a numerosas celebridades de todo el país y periodistas de reputación nacional cubriendo cada evento. Veo a las familias de la alta sociedad local disfrutando de banquetes, conciertos de nivel internacional, desfiles y bailes de etiqueta. Si hasta con mínimo esfuerzo puedo llegar a confundirme entre las damas de la época desplegando sus vestidos de alta costura en los lujosos salones del novel Palace Hotel, ante la mirada del gobernador Cantilo y su familia y hasta del mismísimo descendiente de Martín Rodríguez, fundador de la ciudad. ¿Cómo no imaginar entonces a los entusiastas españoles, reunidos en las instalaciones de la floreciente Sociedad Española, debatiendo sobre el regalo que le harían a la ciudad? Una maravilla de remembranza mora-castellana que terminaría perpetrándolos en la memoria del pueblo.

Ahora, un turista emprende el descenso en automóvil circulando por debajo de la pasarela que forma una arcada recta entre los dos bloques de la prolija construcción, sin sospechar siquiera las motivaciones de quienes decidieron su alzamiento. De solo pensarlo, puedo trasladarme, sin derroche de espacio ni tiempo, a las fortalezas medievales del sur de la península hispana, donde la cultura musulmana dejó su impronta de siglos de dominación y que aún hoy, se impone al paisaje. Tratando de capturar tan sólo un poco de aquella cultura, y con reminiscencias de los alcázares de la época, el bloque de la derecha, el más grande, se yergue como la conjunción de una torre circular, un salón de líneas rectas en el centro y una segunda torre de caras rectangulares; el de la izquierda se presenta como una tercera torre cuyos cimientos se extiende hacia abajo, más allá de la línea del estacionamiento y yo, siempre perdida entre mis pensamientos, comienzo a ascender por las escaleras que me permiten alcanzar la terraza. La vista desde ahí es mucho mejor aún. Repaso cada una de las aberturas cerradas en arco, sus ventanas terminadas en forma de herradura, dispuestas a conciencia para lograr hacia el interior los efectos de luz deseados, la combinación de diferentes materiales fusionados deliciosamente con la piedra natural del cerro y la belleza que

la geometría nos regala, en forma de perfectos hexágonos y rombos, para orlar ventanales y frisos.

Un parapeteo almenado terminado en puntas piramidales y que se me antoja hastiado por verse privado de su función original, termina coronando toda la estructura y también mi divague.

*****

Vuelvo en mí, aquí y ahora, al pie del mismo cerro que acabo de soñar. Sentada en un banco de piedra, junto a uno de los canteros circulares que alberga las pocas flores que permite el clima en esta época, la tarde cálida de mayo del primer año de mi jubileo me envuelve, me abriga. Miro hacia el cielo límpido como pocas veces, y doy gracias a Dios por poder volar y experimentar como propios, los sentimientos de tantas generaciones que alimentan mi historia. La decisión, así, se torna fácil. Dentro de los próximos doce meses, cuando haya podido organizar cada detalle, prometo subir a un avión hacia la entrañable tierra de mis abuelos: GRANADA.